

## DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL SEMINARIO

CONCILIAI DE MONTERREY, LA TARDE DEL

5 DE SETIEMBRE DE 1880.



**T**ERRIBLE fué el cataclismo, Señores, que, quitando á la Iglesia sus bienes, la obligó á cerrar muchos de sus seminarios y á despedir infinidad de jóvenes que allí gratuitamente se educaban. Yo no lo presencié, hallándome lejos de la patria en aquella época infausta; pero á mi regreso fuí testigo de los efectos que tamaña conmoción produjo en la educación eclesiástica. Triste fué, en verdad, perder no solo los medios de educar á la juventud desvalida, sino aun muchos de aquellos edificios erigidos por la generosidad de nuestros mayores, y que la ingrata generación á que pertenecemos ha dedicado á usos bien diversos. Con todo, no son tan amargas las lágrimas que debemos derramar sobre este castigo de la Providencia, ni me he propuesto con-

vertir en horas de duelo este día de regocijo y de triunfo. El *felix culpa* que canta la Iglesia del pecado de Adán, trocado en beneficio, gracias á los bienes que produjo la Redención es, á mi ver, aplicable á ese torbellino suscitado no sin permisión del cielo, que destruyó los antiguos seminarios, para que sobre sus ruinas se elevaran otros más conformes con el espíritu de la Iglesia y que mejor llenaran su objeto. Tal será el tema de mi breve discurso, que procuraré desenvolver concretándome al plantel de educación que nos alberga, y á la historia exclusivamente de nuestra ciudad. Escuchadme con benevolencia.

Entre los seglares que me circundan, y entre los que me han honrado con su amistad y visitas durante mi corta permanencia en la diócesi, me ha regocijado el ver á muchos, que educados en el antiguo seminario, conservan profunda gratitud al colegio que los formó, respeto á la autoridad de que depende, amistad hacia tantos eclesiásticos que fueron sus maestros, sus concolegas, sus discípulos. Quizá sin este vínculo sagrado se habrían extraviado en medio de las vanidades del mundo, y hoy serían adversarios muchos que llamamos amigos. Pero no es menos cierto que de estos mismos que ahora brillan en el foro, en la medicina, en el comercio ó en la milicia, habría no pocos que serían luces del Santuario y que habrían dado días de gloria á la Iglesia, si el contacto con el mundo exterior no los hubiera hecho perder la vocación al sacerdocio. Igualmente muchos de los que antes que nosotros han trabajado en la Viña del Señor, habrían visto sus sandalias más libres del polvo de la tierra, si en vez de las conversaciones mundanas, que

salen del corazón y de los labios de quien al mundo pertenece, hubieran oído tan solo en el sagrado recinto del colegio el *beati pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona*.

Estas breves sentencias os indican claramente que apruebo la táctica de mi venerable Predecesor, cuando al renacer de sus cenizas el antiguo seminario, lo transformó en dos planteles diversos, y aunque en cierto modo unidos entre sí, completamente distintos por su situación, su objeto, sus directores. El colegio de externos, situado en el centro de la Ciudad, y abierto á todos los jóvenes católicos, aspiren ó no al estado eclesiástico, proporciona á las familias el modo de educar á sus hijos á la sombra del Santuario, sin imponerse grandes sacrificios ni sujetarlos á una disciplina demasiado severa. En él pueden prepararse á las carreras del foro ó de la medicina; aprender lo suficiente para dedicarse al comercio; estudiar los principios de cualquiera profesión honrosa, sin exponerse á perder las sanas doctrinas bebidas en la infancia, ni caminar en pos de perniciosas teorías. ¡Útil institución, que llena el objeto que la Iglesia se proponía en otros tiempos al abrir á toda clase de estudiantes los seminarios eclesiásticos! Es cierto que, como todo lo humano, deja aún que desear su organización, en el sentir de algunos que lo conocen á fondo; pero hasta ahora ha correspondido á las esperanzas de su fundador, y poco á poco se irán colmando los vacíos que la experiencia vaya descubriendo. Aquí están sus alumnos, cuyo aprovechamiento he podido presenciar yo mismo; aquí se encuentran sus profesores y su director. A unos y á otros felicito cordialmente, asegurándoles que mis ojos están

continuamente sobre ellos, y que nada omitiré para que sus estudios estén al nivel de los mejores del día, y la disciplina sea conforme con el espíritu de esa Iglesia que tantos hombres ilustres ha formado, y á quien debe el mundo su salvación.

El seminario propiamente dicho tuvo que emigrar casi hasta fuera de los muros al resucitar á nueva vida. ¿Fué provechoso este viaje tan largo, ó sería más conveniente que hubiese permanecido en el centro de la Ciudad? Sin la fundación del colegio de externos, difícil sería resolver esta cuestión, pues habría que pesar en la balanza las desventajas que resultarían de la carencia de un colegio exclusivamente católico para jóvenes destinados al siglo, y los bienes que de una segregación absoluta provienen á los aspirantes al sacerdocio. Pero en la actualidad tenemos que ceñirnos tan solo á considerar el daño que á estos últimos puede acarrear la lontananza de la Catedral y del Prelado.

Manda, en efecto, el Concilio Tridentino que esté cerca de ambos la habitación de los jóvenes que han de servir á aquella todos los días de fiesta, y que deben formar la familia del segundo, y estar con él en estrechísimas relaciones. En las pocas semanas que llevo entre vosotros, ya he tenido yo mismo ocasión de palpar la sabiduría de esta ley dictada por los Padres de Trento. Al ver la poca salud y escaso número de los miembros de mi Cabildo, quise que los seminaristas vinieran los días festivos á llenar en el coro los puestos que la escasez de clero y de rentas ha dejado hace tiempo vacantes. Inútil fué mi empeño. Mucho tiempo se perdería, acarrearía gastos en la actualidad superiores á nuestras fuerzas, y produciría

trastornos de consideración en la disciplina, el obligar á los seminaristas á emprender, cada semana y en toda estación, un viaje que en carruaje ocupa más de veinte minutos. Esta desventaja, empero, tengo fundadas esperanzas que no tardará en desaparecer. En nuestros días hay mil modos de acortar las distancias, y uno de ellos es el que ya ha ocurrido á vuestras mientes: la proyectada construcción de un ferrocarril que úna esta parte de la población con aquella en que tenemos las oficinas de los gobiernos civil y eclesiástico, y en que ha escogido el comercio su asiento principal. Yo hago votos por la realización de este proyecto, que á mí y á mi Iglesia será tan útil; y deseo que desaparezca esa desconfianza que se ha manifestado en el éxito y esa vacilación en dar principio á los trabajos. Me parece imposible que lo que ha realizado aun la presente Capital del pobre Estado de Tamaulipas, no se resuelva á llevarlo á cabo la del floreciente Nuevo León.

Una vez unidas con la vía férrea Catedral y Seminario, los alumnos estarán al mismo tiempo cerca y lejos del centro: cerca, por la facilidad de asistir á las sagradas ceremonias en la Iglesia matriz; cerca, por los rápidos y cómodos medios de locomoción de que gozarán los profesores de fuera; cerca, porque se harán más frecuentes las comunicaciones con el Prelado. Pero por lo que respecta al bullicio y á las distracciones poco convenientes, quedará tan lejos como ahora, en que quien desea visitar á un seminarista se ve obligado á emprender larga marcha que bien presto lo desanima.

Los bienes preciosos que trae este alejamiento del tráfico mundano, ya se ven palpablemente en el espíritu

que reina en nuestro ateneo clerical. A nadie ha venido la tentación siquiera de que sean admitidos externos en tan lejano edificio; y así se han salvado y se salvarán los jóvenes de ese peligro que trae la frecuente comunicación con los de fuera, y hace perder tantas vocaciones. Esta falta de trato hace que sean menores las tentaciones de salir á distraerse, de ver un mundo á que no deben pertenecer, y de poner los ojos en lo que no les será dado poseer.

El sacerdote católico no debe tener más familia que los pobres, más padre que su Prelado, más hogar que su Iglesia. Su ministerio lo obliga á renunciar por completo no sólo á lo vedado, sino aun á los lícitos goces de la vida doméstica. Desde el momento en que recibe la imposición de las manos, dice adiós por completo á la carne y á la sangre, y cuando éstas quieran rebelarse y sugerirle palabras de desobediencia, tiene que responder con Jesucristo: ¿Quiénes son mi padre y mis hermanos? Aquel que cumple con la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

Quien de tal manera ha de estar segregado del mundo, ¿para qué quiere ver escenas que sólo han de servir para inquietarlo? ¿Qué provecho le puede resultar de la contemplación de esos cuadros domésticos, que le harán apartar los ojos de la Eterna Belleza, que sola lo ha de cautivar? ¿Para qué oír descripciones de una felicidad ilusoria, y que en todo caso Dios no destina para él? Si es difícil aun para un simple soldado del Señor el tomar su cruz y caminar en seguimiento de su divino Caudillo, ¿cuánto más larga, más difícil y más penosa no será la formación de quien está llamado á ser jefe, y á con-

ducir al pueblo á la lucha contra el Infierno? ¿A qué privaciones, á qué disciplina, á qué austeridades no se sujetaban los atletas de la antigua Grecia! ¿Y qué eran estos luchadores comparados con los atletas del cristianismo?

Para perder ese amor desordenado á la familia, que enerva el espíritu del sacerdote; para robustecer el alma y amoldarla á la severa virtud que se exige del ministro del Altísimo, se requieren largos años de prueba y absoluta segregación de cuanto pueda perturbarnos. De otra manera, cuando Dios por los labios de los legítimos superiores ordene al sacerdote marchar á un lugar apartado, á un puesto donde corra algún peligro su vida; á un sitio donde no encuentre todo aquel cariño, todas aquellas conveniencias, todas aquellas ventajas temporales á que se ha acostumbrado, responderá como aquel joven del Evangelio: *dejadme primero enterrar á mi padre*; ó como aquel invitado al banquete: *he comprado cinco yuntas de bueyes*; ó como aquel otro: *acabo de tomar posesión de una granja y debo atender á su cultivo*.

Para no daros, Señores, párrocos y sacerdotes de este jaez, mi venerable Predecesor, aprovechándose sabiamente de las circunstancias, al parecer adversas, que lo rodeaban, trajo su seminario hasta esta apartada quinta. ¡Le doy por ello las más cordiales gracias! Así he podido encontrar jóvenes levitas que respiran piedad, y que, dóciles como cera en mano de sus dignos directores, se están formando sin dificultad en el molde vaciado por Jesucristo. Son pocos, sí; pero animados del mismo espíritu, ansiosos de seguir el mismo sendero, valdrán por toda una legión.

Señores: Los enemigos del clero han seguido dos tá-